



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 28 DE MAYO DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Cuentos, puros y simples cuentos

PAPELITOS MULTICOLORS:

VALES DE MEMORIAS

OLGA DE LEÓN G.

Solía coleccionar diversas cosas pequeñas de lo que le gustaba como envolturas de dulces. Los guardaba en frascos de vidrio transparentes, porque así veía los colores y cómo se iba llenando. Luego que eso sucedía los pasaba a una caja de madera de unos veinte centímetros de cada lado y un poco menos profunda. Lo hacía pensando en que luego, cuando pasaran muchos años, quizás diez o veinte, viendo su colección de papeles recordaría cada dulce, chocolate o caramelo que contenían y esos momentos en los que disfrutó en su infancia vivencias que le parecían inolvidables o, al menos para ella, dignas de recordar cuando fuera mayor de edad.

La niña aquella tuvo al lado de sus padres mudanzas de domicilio, en la misma ciudad, a donde llegaron cuando ella solo tenía dos años de edad. Después vendrían cambios de ciudad; primero, en el mismo estado del Norte del país, hasta que se mudaron a la capital del estado, solo su madre, su hermanito menor y ella. Allí, fueron muy felices y, ¡esperaban con ansias que se llagara el viernes!, pues su padre iba a verlos para estar el fin de semana con ellos.

Pero, los papelititos que le parecían más lindos, de diferentes colores y el mismo brillo, los había coleccionado de la frontera, donde vivieron poco más de siete años, y menos de ocho; ya que se mudarían a otra ciudad, también fronteriza, después de haber estado viviendo, la familia separada de su padre, por casi siete meses en la capital de estado del Norte.

Llegaron a otra ciudad, cuando ella tenía diez años y cursaría el quinto de primaria, en una escuela federal que les quedaba a dos o tres cuadras de su casa... y, siguieron los papelititos de sus dulces "gringos", llenando el bote de vidrio transparente.

En esta ciudad, su madre sería muy feliz, estaría en el Club de mujeres abnegadas y caritativas y tendría muchas fiestas y amigas que la apreciaron y respetaron aún después de su partida de este mundo, que empezó a ser cruel con toda la familia. Fue entonces, a raíz de la muerte de su esposa, que el padre se determinó a encontrar un buen empleo en el extranjero. Había ayudado a mucha gente, entre ellos, algunos amigos que ahora podrían -a su vez- ayudarlo en su proyecto de darle una mejor educación a sus hijos, para que aprendieran otros idiomas y conocieran diferentes culturas: dos jóvenes, una mujer (la que esto me contó) y un varón entre los 21 y 20 años. En París tuvo su primera gran oportunidad. El era un jurista de renombre en su país, México, aunque allá fue poco reconocido, salvo por sus allegados; en Francia, y con el dominio del francés, pronto se sintió como en casa.

Los hijos fueron a colegios diferentes, por sus edades y por la necesidad de afianzar el francés, en los cuatro menores. Si era una familia numerosa, seis hijos, la mayor de veintiuno y el menor de diez. Pronto los dos mayores definirían sus intereses por dos grados universitarios distintos... y al tercero le atraía estudiar



en Alemania o Japón, un día, sería su decisión. Los dos menores rápidamente destacaron en sus estudios y se perfilaban hacia excelentes resultados. El padre estaba feliz, a pesar de la tristeza que nunca lo abandonó desde que quedara viudo.

El padre viajaba con cierta frecuencia a congresos y reuniones de juristas y Jurisconsultos, en distintas ciudades; Lyon, Amberes, París, entre otras. Durante uno de sus viajes a Marsella, invitó a los dos mayores, para que lo acompañaran, y también a su niña consentida, la cuarta de los seis hijos (no quería dejarla sola). Regresarían cuatro días después. Viajaron a Brujas, al término del Congreso de Jueces y Jurisconsultos. Las fechas eran propicias, para los turistas ansiosos de sorpresas e historias inverosímiles.

Y, así en medio de las fiestas en Brujas, la que un día fuera niña muy curiosa, sensible y que quiso guardar su memoria para el futuro, a través de los papelititos de sus dulces americanos, brillantes y multicolores, el día que visitarían uno de los teatros principales de la ciudad, subió al escenario, impelida por un fuerte sentimiento de amor por su patria y por la patria de todos los ciudadanos del mundo, y empezó a contar una historia diferente al tener en sus manos cada uno de los papelititos que iba sacando de su cajita de madera que siempre llevaba consigo, a donde quiera que fuera.

Y, se sintió quizás como la Piaff, el último día que cantó ante un escenario abarrotado de espectadores que adoraban su voz y su tristeza. Aunque aquella que un día fue niña dulce, ahora era una joven sumida en la nostalgia y la melancolía, quien se inventaba historias con el padre, la madre o ambos vivos, cuando hacía años que ambos habían partido del mundo material y prosaico en el que sus queridos hermanos y ella misma, seguían

persiguiendo sus propios sueños.

LA DECISIÓN DE DON MARTÍN.

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Don Martín transitaba en su taxi por Avenida Cuauhtémoc, con la calma del pez en el agua, con el placer que brinda un auto climatizado cuando la ciudad arde a la intemperie a cuarenta y cinco grados centígrados. Conducía con la atención puesta en la banqueta, a la espera de la señal: un brazo extendido que lo hiciera detenerse. Giró a la derecha en Santiago Tapia y al llegar a Juan Méndez le tocó el semáforo en rojo. Se detuvo preguntándose si se le antojaría un coctel de camarones. Tenía a unos cuantos metros adelante: la Coctelería Gabino. ¿O quizás se le apetecía más un ceviche de pescado? Sí, claro, pero el lugar no era muy económico; se quedó pensando. Miró su reloj y las manecillas marcaban las 2:10 de la tarde. No era su hora de comida. Observó la entrada al estacionamiento del lugar: espacio amplio entre dos paredes color salmón, adornadas por una barra roja que se extendía desde la banqueta hasta casi un metro de altura. El semáforo seguía en rojo y ahí continuaba la entrada, esperándolo a él. O tal vez podía regresar más tarde. ¿Pero si le tocaba un viaje largo, digamos a la Punta de la Loma? Claro que alcanzaba a ir y venir en ese tiempo. Colocó el pie encima del "clutch", metió la primera en la caja de velocidades y justo antes de arrancar, alcanzó a ver a una pareja que salía caminando del estacionamiento de la coctelería, marcándole la parada. Acercó el auto, abrieron la puerta trasera y se acomodaron. "A la Punta de la Loma".

Don Martín siguió por Santiago Tapia. En el asiento trasero, la pareja respiraba de manera agitada. Ella comenzó a relajarse mientras él miraba hacia afuera a través de la ventana. Cada uno cargaba

con una bolsa negra de plástico. Ella la llevaba encima del asiento, en el espacio entre los dos; mientras que él sostenía la suya entre las piernas, las cuales abría y cerraba ansiosamente. Don Martín los observó de reojo por el espejo retrovisor. Sudaban. Él llevaba barba larga, demasiado canosa para un hombre de treinta. Ella no venía maquillada, sino con ojeras notorias y bastante desarreglada, de cabello güero quebrado y despeinado, y con sobrepeso.

"¿Qué conseguiste?", preguntó él. "Déjame ver". Ella abrió su bolsa. Comenzó a sacar su contenido. "Tres carteras... una Mont Blanc... dos monederos... dos relojes... y cuatro celulares", concluyó mientras respiraba profundo y volvía a colocar su contenido en la bolsa. "¿Y tú?"

Don Martín giró a la derecha, esta vez para tomar Ignacio Zaragoza. Una vez enfilado, trató de recordar si la coctelería ofrecía caldo de camarón. Sus ojos, que eran de un color café opaco similares al tono que adquiere el tronco macizo de un árbol viejo, creyeron ver la carta del restaurante y en ella el caldo de camarón anunciado.

En el asiento de atrás, el hombre abrió su bolsa negra de plástico. Comenzó a sacar su contenido, contando: "uno... dos... tres... cuatro celulares... una... dos billeteras... un reloj... y una bolsa". "¿Una bolsa?". "De mujer; completa". Ella comenzó a girar su cabeza de un lado al otro, en señal de desaprobación. "Abre las carteras y cuenta el dinero", le dijo él.

En el cruce de Zaragoza con Modesto Arreola, Don Martín detuvo el auto; le tocó el rojo del semáforo. El hambre estaba adelantándosele y la espera comenzó a sentirla como si estuviera frente al cruce de un ferrocarril. Se levantó ligeramente del asiento de conductor para volver a acomodarse. Pensó que podía comerse un caldo de camarón y un ceviche de pescado... Nunca había sentido esa hambre tan precipitada andando en el taxi, pensando en lo que se le antojaba, tratando de apresurar el cambio de luz en el semáforo. Desde que supo que iba a la Punta de la Loma, figuró cómo llegaría. Atravesaría la Macroplaza por Zaragoza, tomaría el puente multimodal para cruzar el Río Santa Catarina hasta salir por la calle de San Luis Potosí y luego giraría a la izquierda en la calle de 05 de febrero hasta salir por Avenida Garza Sada, y de ahí a la Punta de la Loma.

El semáforo encendió su luz verde y Don Martín siguió por Zaragoza. Llegó al Palacio de Gobierno y pasó de largo la explanada y luego el Congreso del Estado. A su izquierda alcanzó a ver la Fuente de Neptuno, sin agua. Luego, dejó atrás el Palacio Municipal y tomó el puente para cruzar el río seco lleno de árboles. Al llegar a la calle de San Luis Potosí supo que contaba con tres segundos para decidirse. Sin alterar la velocidad, suavemente giró a la izquierda y tocando el claxon incessantemente, llegó a la cuneta de la Fiscalía General de Justicia del estado, donde descendió gritando "¡Auxilio!". Veinte policías rodearon el auto.



Anne Brontë

Anne Brontë nació en el pueblo de Thornton, Yorkshire (Inglaterra) el 17 de enero 1820. Como sus dos hermanas Emily Brontë y Charlotte Brontë, fue autora de novelas románticas de la era victoriana. Última de seis hijos, su madre Maria Branwell Brontë murió el 15 de septiembre 1821, cuando Anne tenía sólo un año.

Después de la muerte de Mary e Isabel, Charlotte y Emily regresaron a la casa de su padre. Mientras las cuatro hermanas estaban en la escuela, Anne fue educada en la familia, donde estudió música y dibujo.

Sus estudios continuaron en la escuela pública Roe Head School, y a partir de 1835 continuó estudiando bajo la dirección de su hermana Charlotte, que para el momento, se había convertido en maestra. Las dos hermanas de Anne, Charlotte y Emily, eran escritoras y poetas: juntas fueron conocidas con el tiempo, como las "Hermanas Brontë. Con ellas Anne publicaría sus poemas en 1845, bajo el seudónimo de "Acton Bell".

Las principales historias de Anne Brontë son "Agnes Grey", publicada en 1847, y "La inquilina de Wildfell Hall", publicada en 1848.

"Agnes Grey", inspirada en su trabajo como institutriz de una rica familia, con niños muy caprichosos y consentidos, habla de un ama de casa que se enfrenta a varias desgracias sin perder sus principios morales y, al mismo tiempo, muestra las dificultades que enfrentaban las mujeres de clase media dedicadas a la única profesión respetable de la época, la de institutriz para los hijos de familias de clase alta. El libro fue totalmente eclipsado por la obra maestra de su hermana Emily "Wuthering Heights" (Cumbres borrascosas), publicado el mismo año.

La segunda novela de Anne Brontë, "The Tenant Of Wildfell Hall" (La inquilina de Wildfell Hall) es mucho más intenso: la historia habla de Helen Graham, una mujer que huye de un matrimonio infeliz, un argumento muy poco apropiado en opinión de su hermana Charlotte, quien era también su agente literario. Esta actitud de Charlotte quizás se haya debido al deseo de proteger a su hermana, pero lo más probable es que se relacionara con el hecho de que el personaje "malo" de la novela se basaba en la figura de su único hermano varón, una persona viciosa y promiscua. Las descripciones precisas de brutalidad y alcoholismo y el lenguaje ofensivo utilizado, no serían apreciados por la crítica.

Anne Brontë murió en un refugio en la costa de Scarborough (Inglaterra) - el lugar donde había ambientado sus novelas - tan sólo unos días después de su llegada, para tratar una forma de tuberculosis que la afectaba, la misma enfermedad que también sufrieron sus hermanas.

Anne está enterrada en Scarborough, en el cementerio Saint Mary's Churchyard.

ad pédem literae

El que es elegido príncipe con el favor popular debe conservar al pueblo como amigo

Nicolás Maquiavelo

Letras de buen humor

Al primer amor se le quiere más, a los otros se les quiere mejor

Antoine de Saint-Exupéry

Enrique Márquez

Una depredadora langosta en pena

1. La plaga de sangre. El agua del Nilo y de todos sus canales y pozos se convirtió en sangre. Apestaba el agua y los peces cayeron uno a uno. Fue una plaga dura, y más por cuanto que el río era adorado por los egipcios como dios. La destrucción de la pesca fue una catástrofe y por ello Faraón endureció su corazón (Éx. 7:14-25). 2. Las ranas. En sus camas, mesas, hornos y artesas la tierra se vio invadida por ellas. Sin embargo, la presencia de las ranas era tan molesta que Faraón llamó a Moisés para rogarle que pidiera al Señor que las sacara del país: dejaría salir al pueblo de Israel de Egipto. Las ranas murieron, y fueron recogidas en grandes montones. Al verse aliviado, Faraón endureció su corazón, y no permitió que el pueblo saliera de Egipto (Éx. 8:1-15). 3. Piojos. El polvo de la tierra se transformó en piojos sobre hombres y animales. Faraón se negó a permitir la salida de los hijos de Israel (Éx. 8:16-19). 4. Moscas. Faraón se sintió tan apremiado por esta plaga que se apresuró a llamar a Moisés, proponiéndole el permiso para ofrecer sus sacrificios, pero en Egipto. (Éx. 8:20-32). 5. La plaga cayó

sobre los ganados y sólo los rebaños de los israelitas quedarían exentos. 6. Úlceras. Cayó sobre todos y sin embargo Faraón persistió en su obstinada actitud (Éx. 9:8-12). 7. Granizo mezclado con fuego. Hay evidencias de que no se trató de un granizo normal el que llovió, porque la antigua tradición judía decía que se trataba de piedras calientes. Es posible que el hecho descrito aquí estuviera relacionado con algún fenómeno cósmico, o que fuera una granizada de una grava procedente de la descomposición de un cometa. Faraón pidió la intercesión de Moisés, pero al cesar el granizo reasumió su anterior actitud (Éx. 9:13-35).

8. Langostas. Moisés amenazó con la plaga de langostas. Los siervos de Faraón advirtieron al monarca que Egipto estaba devastado (Éx. 10:7). Sin embargo, al anunciar Moisés que todo el pueblo iba a irse, junto con todas sus posesiones en ganados y bienes, Faraón se negó nuevamente a permitir su marcha (Éx. 9:1-20). 9. Tinieblas. Hubo densas tinieblas sobre toda la tierra de Egipto, durante tres días. Ninguno vio a su prójimo, ni nadie se



levantó de su lugar en tres días; mas todos los hijos de Israel tenían luz en sus moradas (Éx. 10:22, 23). Se trataba de unas tinieblas que se podían sentir, y Faraón llamó a Moisés, dándole autorización para que los israelitas salieran con sus esposas y sus pequeños, pero tenían que dejar tras sí sus rebaños y manadas. Moisés no estuvo de acuerdo: tenían que partir con todo. «No quedará ni una pezuña.» Así iba a ser la redención de Dios. Faraón se enmuinó. 10.

Encolerizado. cada vez más el odio en la punta de su lengua de grisáceo reptil tabasqueño, el Faraón implacable, necio, ignorante, testarudo, impedía la huida porque en su locura vanidosa pretendía arrebatarle al pueblo su futuro. 11. Encolerizado y más, roto por dentro, descosida el alma patria, aniquilado su amor por ella, sobrevolaba por los pasillos de palacio como una depredadora langosta en pena, falta de méritos, de autocontención, demasiado dañina.